

UN RETRATO DESCONOCIDO DE RIVADAVIA *

ISIDORO J. RUIZ MORENO**
isidororuizmoreno@fibertel.com.ar

Resumen:

Hallazgo de una miniatura referida a Bernardino Rivadavia ejecutada por el mejor miniaturista de su tiempo. Presenta una fisonomía amable del prócer.

Palabras claves: Bernardino Rivadavia – Miniatura – Núñez de Ibarra.

Abstract:

Discovery of a miniature referred to Bernardino Rivadavia executed by the best miniaturist of his time. Presents a kind face of the dignitary.

Keywords: Bernardino Rivadavia – miniature – Núñez de Ibarra.

Las magníficas colecciones del museo español Lázaro Galdiano pueden deparar sorpresas agradables, como la que me ocurrió durante una visita que efectué tiempo atrás al no menos soberbio palacio que las atesora en Madrid.

Recorría admirando el contenido de sus salones, cuando en el segundo piso me detuve a examinar cierta vitrina repleta de miniaturas: la designada con el número 3 en la sala XXVI. Llevado por mi curiosidad iconográfica me puse a observarlas una por una, algunas identificadas y

* Fecha de recepción del artículo: 05/09/16. Fecha de aprobación: 02/10/16.

** Académico de Número, Academia Nacional de la Historia de la República Argentina.

otras anónimas, representaban nobles, damas, militares, niños. ¡Cuál sería mi sorpresa, tan grande como grata, cuando en el extremo superior izquierdo de dicha vitrina, colocada entre varias sin nombre, distinguí, sin asomo de duda, la característica efigie de don Bernardino Rivadavia!

Desde sus rasgos “amulados” —pese a la indiscutible prosapia gallega del prócer—, con su rostro redondo de pelo rizado y anchas cejas, el Presidente de 1826, me miraba con la sonrisa semisocarrona de sus labios gruesos, como solazándose del asombro que su inesperada presencia causaba, en el extranjero, a este compatriota.

Inmediatamente me apersoné al director de la Fundación Lázaro Galdiano, don Enrique Pardo Canalís, comunicándole mi hallazgo, y rebotando de impaciencia pedí a este amable funcionario se desmontase la pieza para procurar algún detalle que quizá luciera a su dorso, para corroborarle mi certeza (o incluso para desvanecer mi ilusión). No había recurrido en vano a la servicial disposición de don Enrique, y pronto tuve en mis manos la miniatura, la cual —según adelanté— se exhibía con otras sin nombre, ni tampoco el del artista que la ejecutara.

Quitado el marco, la di vuelta, y pude comprobar que afortunadamente estaba firmada y fechada, indicándose incluso la residencia de su autor: A. Robertson, 1815, London. ¡Era la época en que Rivadavia estuvo en la capital inglesa!

Efectivamente, permaneció desde mayo a noviembre de aquel año en Londres, junto con el general Manuel Belgrano, y de esa estancia se conocían tan solo los dos magníficos óleos de ambos que pintara Carbonnier, discípulo de David y de Ingres. Se los muestra de cuerpo entero y sedentes, y han sido reproducidos infinidad de veces en la glorificación póstuma de los patricios. En cuanto a Rivadavia, el pintor lo dotó de una completa cabellera, en vez de mostrar la “frente levantada” que describiera en 1822 el enviado brasileiro Correa da Câmara. Salvo este detalle, la similitud de las obras de Carbonnier y de Robertson confirman la identidad.

Más antes de allegar otro elemento para demostrar lo que aseguré al señor Pardo Canalís, resulta oportuno conocer al artista cuya hermosa

producción divulgo en esta oportunidad. Andrew Robertson, escocés nacido en Aberdeen en 1777, y muerto en Londres en 1845¹, perteneció a una familia de pintores, aunque él mismo se graduara como médico. Recibió consejos de Raeburn —el gran retratista escocés— entre otros, y a partir de 1801 se instaló en Inglaterra, estudiando en la Royal Academy of Arts de Londres. Especializado en miniaturas, Robertson introdujo una técnica propia: “Su éxito fue considerable”, —apunta Bénézit— “los personajes más importantes, comprendidos los miembros de la familia real de Inglaterra, se hicieron retratar por él a través de su larga carrera”.

Fue ante este artista de moda, pues, que don Bernardino posó al residir en la capital británica durante casi todo el año 1815, como integrante de la embajada de las Provincias Unidas que gestionaba el apoyo a la Independencia del Río de la Plata.

Para confirmar, sin ninguna duda (el señor Pardo Canalís la tenía, con toda lógica, frente a un desconocido), la atribución a Rivadavia que enseguida había yo declarado le prometí enviarle otra figura que no solo fuera muy parecida, sino idéntica en todos sus rasgos y detalles.

Y al retornar al país, le envié copia de una estampa grabada por el platero Pablo Núñez de Ibarra en 1822, quien ya había impreso en 1819 el retrato de Belgrano con esta dedicatoria: “Al ciudadano Dr. D. Bernardino de Rivadavia”, lo que demuestra la vinculación entre ambos.

Pues bien, en ese año 1822, desempeñándose Rivadavia como ministro de gobierno de la Provincia de Buenos Aires, se quiso difundir su imagen, y Núñez de Ibarra la reprodujo en una lámina. Cotejando este retrato con el de Robertson en 1815, cualquier desconfianza desaparece: el modelo fue la miniatura de Londres.

Es natural deducir que para servir de modelo, el influyente estadista no encontró mejor medio que enviar al retratista aquella pieza, en vez de permanecer largo tiempo frente al él. El óleo de Carbonnier era de incómoda traslación por su tamaño; y la miniatura de Robertson servía al propósito. Y fue al taller de Núñez de Ibarra.

¹ Como nos enseña el insoslayable *Dictionnaire critique et documentaire des peintres...*, Emmanuel Bénézit, nueva edición de París, 1976, t. 9, p. 13.

Dejando de lado la tosquedad en su ejecución, surgen comprobaciones con la obra del afamado escocés —parecido aparte y fundamental— para demostrar que la de este fue copiada, en sus menores detalles: la ceja derecha caída al extremo, la precoz calvicie, el pelo crespo, la nariz recta, el hoyuelo del mentón, el esbozo de sonrisa, hasta la punta del cuello izquierdo sobresaliendo sobre el gabán, todo nuevamente reproducido.

Ahora contamos con un nuevo retrato de Rivadavia, mostrándolo con mayor perfección —menos “acartonado”— que en el divulgado óleo de Carbonnier, realizado por uno de los más afamados pintores de su tiempo. Queda por establecer la procedencia de la imagen a donde se exhibe ahora: en los registros del Museo —me informó su director— no consta. Pero don Bernardino residió sus últimos años en Cádiz, y es posible que lo haya regalado a algún contertulio de su estrecha amistad, o su familia se haya desprendido de ella en España, para que el ojo experto del sagaz coleccionista Lázaro Galdiano —casado con una argentina— lo haya rescatado de su pérdida, para que por azar viniera a ser identificado, luego de más de siglo y medio desde que el prócer abandonara este mundo.



Miniatura por Robertson, 1815.



Grabado por Núñez de Ibarra, 1822.